

LETRAS

Letrillas

LETRONES

DIARIO INFINITESIMAL DIVAGACIONES

Nada tiene tanto éxito como el exceso
Cecil B. DeMille

Gore Vidal en sus memorias cinematográficas, *Screening history* (1992), asevera que el instante culminante y de más acabada dicha es aquel en que, en el cine, una vez instalados en la sala, se apaga la luz y aguardamos a que dé comienzo la película. Un momentito apenas, la inminencia de algo, inminencia suave, pero perfecta en su acompasado alborozo. Fácil es hallar placeres más intensos, como el sexual, por ejemplo, pero su dramatismo, con frecuencia escandaloso, dista de ser, como ese del cine, impecable en su plena sencillez.

La familiaridad con el arte del cine nos hace perder de vista su rareza y aun extravagancia. Michael Word titula su libro sobre el cine de Hollywood *Santa María, it had slipped my mind!*, algo como: ¡*Santa María, se me pasó!* (textualmente, “se me resbaló de la mente”), que es la expresión que pronuncia Tyrone Power, cadete en la Academia Militar de Madrid, dándose un golpecito en la frente, cuando alguien le recuerda que tiene que batirse a duelo a las tres en punto de la tarde con un capitán, el capitán Fulano, al inicio de *La marca del Zorro*. La frase y el ademán son desde luego irreales,

absurdos en cualquier parte, menos en la pantalla hollywoodense de la regocijante película de Rouben Mamoulian que, no es necesario recordarlo, ha sido imitada *ad nauseam*.

Esta estética, la del cine, es rara, singular; desentrañarla tiene su chiste y su esparcimiento. ¿Será por eso que tanta pluma afilada se ha recreado en su historia y crítica? A mí también me place discurrir sobre cine, del viejo cine más que nada, el que me asombró de niño y de joven, y del que los jóvenes de hoy ignoran todo, o casi. No saben quién fue Mickey Rooney, y así, ¿qué significa para ellos que yo les revele que Tennessee Williams, el dramaturgo, lo consideraba el mejor actor que había dado Hollywood?

En todo caso es tarde: el número de cine fue el número pasado de esta ilustre publicación, y nadie se tomó la molestia de avisarme para que escribiera algo sobre la característica y desorbitada estética de la pantalla. Así que divaguemos en otros terrenos.

El menú de la boda de Emma Bovary, dispuesta al exterior la mesa, a la Claude Monet, bajo un cobertizo, consistió en cuatro solomillos, seis pepitorias de pollo, ternera a la cazuela, tres piernas de cordero “y, en medio de la mesa, lucía un bonito lechón rodeado de cuatro morcillas...” Un verdadero banquete, en el cual lo alimenticio no es accesorio, sino que construye el realista pilar del festejo. Menú sólido, a fe mía,

para estos apetitos sanos, normandos, a base de bestias de matadero, humeantes carnes rojas, donde no se ve siquiera un melifluido y ligero pescado, y mucho menos alguna herbívora ensalada.

Explicablemente, escribe Flaubert, “se comió hasta muy tarde. Si alguien se cansaba de comer, se levantaba de la mesa y se iba a pasear por los patios o a jugar una partida de chito;¹ después volvían a la mesa. Al final, algunos se durmieron y hasta roncaron, pero a la hora del café volvió a animarse la reunión y volvieron las canciones, los juegos de fuerza,² los chistes y los abrazos a las damas”. Estamos en Francia y obvio es declarar que en la mesa había garrafitas de aguardiente, y que “la dulce sidra embotellada rezumaba su espesa espuma alrededor de los taponos y todos los vasos aparecían llenos de vino hasta los bordes”.

Flaubert es un indiscutible. Emma Bovary es más real que casi todas las mujeres que conocemos; visitamos su pasión como el recuerdo de patéticos hechos reales. Platón es otro indiscutible. De él se ha dicho con razón que es el inventor de la filosofía tal como se la entiende en la tradición occidental, es decir, como discusiones abiertas donde los problemas tratan de resolverse mediante argumentos racionales.

¹ Se juega arrojando tejos a un palo, llamado chito, sobre el que se coloca dinero; gana aquel cuyo tejo queda más cerca del dinerito.

² Las vencidas, populares entre estos carnívoros.

les. Tratan, digo, aunque casi nunca se alcance ningún acuerdo. Sabido es que unos diálogos platónicos contradicen lo que otros asientan. Filosofía como pensamiento en acción.

La reverencia hacia Platón debió ser temprana: el único de los grandes autores de la Antigüedad cuyas obras sobrevivieron en su totalidad es Platón, quien, por cierto, no figura como protagonista en ninguno de sus diálogos. —

— HUGO HIRIART

CARTA DESDE ESPAÑA

LA POLÍTICA EN LA CALLE

La historia de España constó en los últimos tiempos de trescientos años de vergüenza y luego de treinta años como ejemplo. Ahora, tal parece, vuelta a empezar.

España se forjó a sangre y fuego, pues la católica Isabel, esposa de Fernando, quiso fortalecer su reino expulsando a los árabes y robando y expulsando a los judíos; intentando borrar cualquier vestigio de otra religión y hacer prevalecer la Inquisición, la quema de libros y el Dios verdadero. Siglos después, en los últimos treinta años, España ha sido el vergel de la democracia, luego de una cruel guerra civil. La historia es bien conocida: Franco murió y nombró un rey y el rey nombró a un presidente de gobierno e hicieron una reforma, y de ley a ley, con el apoyo mayoritario del pueblo, se produjo el milagro de la democracia.

Para los españoles de mi edad, los que por un accidente histórico tuvimos que vivir la transición, había dos hechos determinantes: todos teníamos un muerto en casa y todos sabíamos que a partir de cierto momento en España la política se convierte en cerrazón, la cerrazón en violencia y la violencia en un río de sangre. Todos los pueblos han descubierto que en dar sepultura a las víctimas está una de las claves de la paz futura. Averiguan la razón histórica, entierran a los muertos, cierran el capítulo y siguen adelante.

Sin embargo, los españoles están desenterrando a sus muertos. Durante el franquismo corría una canción basada en un poema de Gabriel Celaya que se llamaba “España en marcha”; la cantaba Paco Ibáñez y decía: “Nosotros somos quien somos, ¡basta de historia y de cuentos! Allá los muertos que entierren como Dios manda a sus muertos. Ni vivimos del pasado, ni damos cuerda al recuerdo. Somos, turbia y fresca, un agua que se atropella sus comienzos. A la calle, que ya es hora de pasearnos a cuerpo.” Los muertos eran parte fundamental del franquismo; no solamente los que hizo, sino aquellos sobre los que se asentó. Los muertos del franquismo nos acompañaban desde que tuvimos uso de razón. No había pared honorable ni tapia importante de ningún pueblo español que no tuviese pintada una cruz y una inscripción: “Caídos por Dios y por España” y la lista de los mártires. Naturalmente, mártires de un solo lado.

La mañana del 1º de abril de 1939 en el puerto de Alicante, con las armas del general Franco y sus aliados italianos y alemanes impidiendo que se acercaran barcos para evacuar al remanente del ejército republicano, los anarquistas celebraron una votación a mano alzada para ver quién se quería suicidar antes que caer en manos de las tropas franquistas. La mayoría lo hizo. A la una de la tarde Franco firmó un parte de guerra que decía: “En el día de hoy, cautivo y desarmado el ejército rojo, las tropas nacionales han alcanzado sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado.” El ejército enemigo —que no era de Marte, ni siquiera de Bulgaria o Hungría— había sido cautivo y desarmado. El lenguaje era el de la implacabilidad que seguiría.

Franco inundó durante cuarenta años las alamedas y las avenidas de sangre. Tan fuerte era el caudal almacenado en las represas de la historia, que hubo que derramar más. El recuerdo era muy importante: saber que veníamos de una época de barbarie que vio la quema de libros y la expulsión de los judíos para quedarnos con sus casas



El riesgo de suplantarse las instituciones por la calle.

era un referente inequívoco de hasta dónde podían llegar las cosas. Aquello éramos: lo que habíamos sido. Éramos conscientes de que no había ningún capitán que no tuviera un padre que no hubiera hecho la Guerra Civil en el lado vencedor, y que no teníamos ningún general con mando en plaza que no fuera un militar triunfante de la muy heroica cruzada nacional que significó el triunfo de Francisco Franco.

Con esos elementos y el miedo como gran patrón, emprendimos el camino para hacer de España una democracia. Es necesario rendir homenaje a los comunistas españoles porque al final fueron los únicos, junto con socialistas, que durante el franquismo pagaron con sangre el valor de sus ideas. Sin embargo, la democracia y las aspiraciones de los españoles valieron más que la sangre y no enterramos a nuestros muertos como Dios manda, sino que oficiamos para todos en el altar de la democracia y los hicimos formar parte del pilar contra el golpe de Estado y la barbarie nacional. Las víctimas pidieron perdón a sus verdugos. Parecía que nunca habría vuelta atrás y que España sería siempre un ejemplo.

A todos nos gusta pensar que la madre del fascismo es la necesidad económica. España es hoy el país con mayor desarrollo de Europa. Tiene un desarrollo que para sí la quisiera Inglaterra y se ha vuelto a convertir en un imperio económico en América. No hay ninguna razón socioeconómica para la actual crispación social.

Todo terrorismo es una sinrazón, pero en el caso de ETA es una sinrazón demencial. No hay comunidad política

en Europa que tenga el mismo grado de independencia económica, política y social que tiene Euskadi. Es dudoso que en la Europa de las naciones sea viable una comunidad cuyo máximo bienestar se lo brinda su cuota de independencia y autonomía ligada a su pertenencia al Estado español. No obstante, esa demencia ha durado cuarenta años y ha costado más de mil víctimas. Desde hace tres años el terrorismo solamente ha tenido dos muertos por la bomba de Barajas. Nunca en los cuarenta años anteriores de franquismo y mucho menos en los treinta de desarrollo democrático el tema del terrorismo ha inundado las calles de España, salvo para protestar contra la barbarie de ETA, ni ha conseguido romper la unidad nacional. Ahora, casi sin muertos y en el momento en el que ETA está agotada y destruyéndose, el terrorismo llena las plazas de España y se utiliza para acabar con la ficción de que tenemos una derecha de centro, moderada.

Es la España eterna, la de "Por el imperio hacia Dios". La que tenía un águila en su bandera, una cruz y haz —as— con cinco flechas en movimiento, la que se manifiesta para protestar contra un gobierno claramente ingenuo e incompetente, pero que en el fondo lo que significa es la ruptura del statu quo democrático. Se acabó el miedo, se acabó el pacto y se acabó la ficción democrática. Nos permitieron tocarlo todo; incluso los homosexuales están casados entre ellos legalmente. Todo eso tenía relativamente poca importancia... no es el poder real. ¿Qué es al final un santo o un mártir, sino un muerto administrado como ejemplo vivo hacia los demás? En ese sentido, desde que Rodríguez Zapatero, en un clarísimo e imprudente movimiento, lanzó la memoria histórica, rompió el statu quo. Quiso meterse con lo que nunca fue del pueblo español, que es la administración del recuerdo de los muertos. A partir de ahí se acabó la ficción.

Tal vez será la frustración de saber que es una raza que ya no se desarrolla como antes y que su curva demográfica depende de la capacidad viril de los peruanos, ecuatorianos o habitantes del

Magreb. Tal vez será porque el macizo de la raza, los que conquistaron a sangre y fuego tantas y tantas tierras y en cuya bestialidad no se ponía el sol, al comprobar que sus nietos son mulatos tienen una enorme frustración. Pero lo cierto es que el equilibrio social se ha roto. Hemos pasado de santificar el diálogo y glorificar el consenso a maldecir simplemente el escuchar.

España está desenterrando a sus muertos. Lo empezó a hacer coincidiendo con el septuagésimo aniversario del inicio de su Guerra Civil y no lo hace sólo porque los nietos de las víctimas sientan la necesidad de explicar quién asesinó y cómo a su abuelo, sino como un recuerdo de la lucha ideológica entre el bien y el mal y la razón absoluta y el fin de los equilibrios que significa siempre la convivencia en cualquier sociedad democrática. Ya se sabe por quién doblan las campanas: están doblando por el sistema democrático español, que a su vez está produciendo un fenómeno de contagio inmediato hacia todas las demás comunidades que son España en algún caso a la fuerza, en la que tienen miedo de dos cosas: del estado general de violencia que se puede instalar en sus calles de manera muy clara y no latente como la que hoy tiene, y de que esta crisis política puede significar el fin de sus independencias y de sus tratamientos autonómicos.

El epitafio es claro en las manifestaciones que inundan las calles en claro recuerdo de lo que pasó en la Segunda República. En 1934 mientras que la derecha gobernaba, la izquierda se tiró a la calle, después del trágico experimento de la revolución de Asturias. Los mítines a campo abierto tras la creación del Frente Popular, le dieron el poder a la izquierda, solamente durante unos meses porque por todos es sabido, estalló la Guerra Civil. Cuando en España las instituciones pierden valor, la calle adquiere el protagonismo y eso es siempre el pórtico a la violencia. Eso para cuando se pierden los valores y los límites de la actuación política. La política hoy en España ya está en la calle y no en las instituciones... Descanse en paz. —

— ANTONIO NAVALÓN



Retrato de Joyce como un hombre maduro.

CORRESPONDENCIAS JOYCE Y GOYTISOLO

Hay libros que marcan y cuya reverberación es perdurable. En el caso de Juan Goytisolo, *The Portrait of the Artist as a Young Man* (1916) fue uno de esos libros, como lo reconocía él mismo en fechas cercanas. Después de una relectura reciente del clásico de James Joyce, en la edición hecha por Penguin Classics, y con el estímulo generoso del prólogo de Seamus Deane que la acompaña, se antoja oportuno apuntar algunas de las huellas y correspondencias que el drama espiritual de Stephen Dedalus pudo inscribir en la memoria intelectual del autor que amaneció con *Señas de identidad* (1966) y se continuó con *Reivindicación del conde don Julián* (1970) y *Juan sin Tierra* (1975).

Irlanda en Joyce y España en Goytisolo son una geografía que contiene una historia. Lugares material y simbólicamente fuertes, de retumbos arcaicos, que desarrollan regímenes nacionales obsesivos y desdoblan paisajes reales y alegóricos inhóspitos, uno y otro provocan en ambos escritores la pérdida de una virginidad y un movimiento ansioso de respuesta disidente. Ruptura con el lazo de las herencias vinculantes, huida de las parálisis

constitutivas indígenas, incendio de los convencionalismos opresores: he ahí, esquemáticamente expuestas, las estaciones principales de una insubordinación y un desafecto. El sistema político y social, y sobre todo el sistema mental y de usos y costumbres, al confluir en una cadena de supercherías sancionada, asoma como una referencia imperiosa que debe ser puesta en cuestión y sometida a un análisis urgente y de nervio sensible. En estos contextos, la búsqueda deliberada de un colapso de las creencias atávicas afirma, en sus argumentos dominantes, que una de las funciones medulares del arte es un cuerpo a cuerpo con una realidad que se entiende insoportable. No es por azar que al mito fundador de los orígenes se contraponen, en uno y otro caso, el mito utópico de la imaginación trizadora. Recuérdese, de paso, y en este sentido, el propósito más alto de Stephen: “*To forgo in the smithy of my soul the uncreated conscience of my race.*”

II.- La experiencia que tienen en común Stephen Dedalus y los protagonistas (o agonistas) de ciertas piezas de Goytisolo, se asienta en que transitan de una situación de *insiders* (miembros de una tribu, partes de una totalidad) a una situación de *outsiders* (la marginación, el exilio, el vagabundeo). La casa paterna —la casa como metáfora: patria, familia, religión, tierra— aparece envenenada por ruinas que se manifiestan en los ámbitos de la moral, la política, la ideología, la sexualidad. Tanto en la obra de Joyce como en las de Goytisolo transcurren unas conciencias en progresión que hacen que los personajes reconozcan que no encajan en un orden de cosas determinado, y que de ahí en más únicamente el propio aprendizaje será sabiduría confiable y rectora; su *quête* tendrá como objetivo la definición de un carácter y el alcance de un destino. “*To express myself—recuérdese que afirma Stephen— in some mode of life or art as freely as I can and as wholly as I can, using for my defense the only arms I allow myself to use—silence, exile, and cunning.*” Estamos, entonces, ante la revelación de una singularidad.

III.- Regenerar la sangre, purgar la memoria primitiva, deshacerse de las culpas del origen son tentativas que solicitan, como parte de una dialéctica de compensaciones, que se recreen (en el acierto o en el error de los presupuestos que se abrazan: ésta es una cuestión subsidiaria en el armazón de un artefacto artístico) una ética y una estética que mutuamente se alimenten. Tanto Joyce como Goytisolo demuestran su capacidad para abastecer tal sistema de vasos comunicantes. Si *The Portrait of the Artist as a Young Man* significó, en el itinerario de Joyce, el acto desencadenante de su revuelta contra la sumisión y su derribo de un legado, acto que culminaría en el universo narcisista omnímodo del *Ulysses* (1922), varios de los títulos de Goytisolo que se suceden a partir de *Señas de identidad* comparten un similar trayecto devorador: allí la obra que sigue a otra obra aspira a asesinar y superar a ésta.

IV.- Cabe hacer, al final de este veloz repaso de un programa de interferencias y resonancias, una comprobación a contrapelo. Como en todo enfrentamiento de raíces fantasmáticas, en parte alimentado por la realidad y en parte por los demonios de la imaginación, el que entabla un escritor (un artista) con su país depara paradojas enormes y paradojas irrisorias. Por ejemplo, al estar a merced de los desplazamientos que acarrea el paso del tiempo, ese enfrentamiento ve aplacarse paulatinamente unas fiebres y fervores que acaban, por la propia dinámica fatal de las cosas, por transformarse, desplazarse o diluirse. Así, Irlanda —tierra de sensibilidades— y España —tierra de temperamentos— han llegado a ser, a día de hoy, y a diferencia de ayer, países prósperos y satisfechos consigo mismos. Ese destino ahora cumplido, sea cual sea el lapso que las tornadizas circunstancias históricas lo permitan, mucho disminuye y relativiza las inquietudes que en su momento, y de ésta o de aquella forma, mortificaron a James Joyce y Juan Goytisolo a propósito de determinadas características ideológi-

cas (en el sentido más largo del término) de su suelo natal. Tal disminución de la pertinencia y la vigencia antagónicas es particularmente notoria en las piezas —que son casi todas las suyas— en las que Goytisolo se adentra en una crítica de la institución histórica española. Es una prueba más de que renegar de la sustancial virtud de la estirpe, o, con perentoriedad menos definitiva, apostar la mayoría de las municiones estéticas al compromiso con la sólita coyuntura, es resignarse a llegar a ser, en algún punto avanzado del camino, literalmente in-significante. —

— DANUBIO TORRES FIERRO

DERECHOS EN EL DEBATE SOBRE EL ABORTO

En un Estado laico —explica con meridiana claridad Fernando Savater en *La vida eterna—*, cuando la moral religiosa y la ley entran en disputa, debe imperar siempre la ley, que es para todos los ciudadanos, independientemente de su credo. El Estado laico garantiza la libertad de creencias, pero también la libertad de no creer, y confina los valores religiosos al ámbito de lo privado, y esto siempre y cuando no infrinjan la ley: por ejemplo, no se les puede pegar a las mujeres, aunque una lectura ortodoxa del Corán lo acepte, ni se puede lapidar al adúltero aunque una lectura rigurosa del Antiguo Testamento lo recomiende. Para Savater, la ética existe al margen de las religiones, lo que nos permite decir que la caridad cristiana es *buen*a, pero la condena del “sodomita” *mal*a. Esta afirmación sería imposible dentro del margen moral de la propia religión, que no tiene forma, desde dentro, para discernir sobre sus propias obligaciones y máximas. En un Estado laico como el mexicano, no todos los pecados son delitos ni todos los delitos son pecados.

Me parece que es dentro de este marco de reflexión donde hay que encarar el debate en torno a la loable

iniciativa del PRD en la Asamblea de Representantes para despenalizar el aborto, dentro de las doce primeras semanas de gestación, sin necesidad de ningún causal concreto, como marca hasta ahora la ley.

Con esto, es importante recordar que el aborto *ya es legal*, pero limitado a cuatro causas: riesgo de vida para la madre, malformación congénita del feto, embarazo producto de una violación y “resultado de una conducta culposa de la mujer embarazada”. Se trata ahora de dar un paso más y que sea la mujer, en su libre conciencia, quien decida si quiere ser madre o no. Como dijo Octavio Paz en más de una ocasión, el grado de civilización de una sociedad se mide por el grado de libertad de sus mujeres.

Un enfoque adicional que puede ayudar al debate sereno de este tema lo ha dado Marta Lamas al estudiar el aborto clandestino como un problema real de salud pública en México. Esto es un hecho cotidiano, no una quimera abstracta. La iniciativa así planteada salvará vidas concretas y no en potencia: las de las mujeres que mueren al abortar. Muchas de ellas, católicas sin recursos económicos que optaron, desde su libérrima voluntad, por el mal menor y lo pagaron con su vida.

Otra forma de ver el problema es en torno al debate sobre el momento en que existe vida humana como tal. Para los creyentes se da desde el momento mismo de la fecundación (y por ello, los más fanáticos e intolerantes encabezaron la afortunadamente fallida lucha contra la pastilla del día después), en tanto que para muchos científicos está en el paso de embrión a feto. (El teólogo Hans Küng abre otra posible opción para la gente de fe: distingue entre “vida humana” y “persona”). Otros más consideran este caso tan delicado midiendo la actividad neuronal no vegetativa del feto. Me parece el peor enfoque posible: para cualquier mujer, el aborto es una decisión límite y aborrecible a la que se ve obligada por desesperación y no por gusto, al margen de todas estas disquisiciones. Obviamente, la ley no obliga

a nadie a abortar, y a mi juicio debe incluso respetar la objeción de conciencia de los médicos del sistema de salud que se nieguen a practicar un aborto. Nadie, así, se vería obligado a actuar contra sus creencias, pero la libertad de la mujer en México y su salud darían un paso enorme.

Los grupos que han protestado en la Asamblea del DF –Pro-vida y sus derivados (nunca diría excrecencias)– son de una enorme violencia verbal. Dicen respetar la vida, pero no tienen empacho en amenazar de muerte a los legisladores. Además, una paradoja adicional: son los grupos que se oponen a la educación sexual de los jóvenes mexicanos, y muchas veces, al uso del preservativo y los anticonceptivos, causa de miles de embarazos no deseados que acaban en abortos de alto riesgo. Son, por decirlo educadamente, la yaga y el tormento. A la jerarquía católica –a diferencia de la mayoría católica del país, mucho más tolerante y liberal de lo que se piensa– ya la conocemos: protestará airadamente ante cualquier avance liberal de nuestras leyes, y luego acatará la decisión legislativa con cicatería, ya que, por fortuna, su reino no es de este mundo. –

– RICARDO CAYUELA GALLY

POLÍTICA LA ELECCIÓN EN FRANCIA

La elección presidencial francesa se decidirá este 6 de mayo entre los dos candidatos que ganaron la primera vuelta, celebrada el 22 de abril. Vale la pena reseñar esa primera votación para tener una imagen más clara del sistema electoral francés, que en apenas unos años ha cambiado radicalmente su composición ideológica.

El 22 de abril compitieron por el voto de los franceses doce candidatos. Los punteros, según todas las encuestas, eran Nicolas Sarkozy, candidato de la Unión por un Movimiento Popular (UMP), y Ségolène Royal,

abanderada del Partido Socialista (PS). Un hombre de centroderecha y una mujer de centroizquierda. Entre los candidatos había en total ocho hombres y cuatro mujeres, de los cuales seis eran de izquierda (tres trotskistas, un altermundista, una comunista y una socialista) y los otros seis de diversas opciones que iban del centro (François Bayrou, de la UDF) hasta la extrema derecha (Jean-Marie Le Pen, del Frente Nacional). Estos dos últimos candidatos, junto con los dos primeros, eran los únicos que podían aspirar a pasar a la segunda vuelta, de acuerdo con las encuestas. En todos los sondeos, en efecto, la intención de voto era más o menos la siguiente: Sarkozy veintiocho por ciento, Royal veinticuatro, Bayrou dieciocho y Le Pen quince por ciento. Pero había aún, hasta una semana antes de la elección, un número escandalosamente alto de franceses indecisos.

Una mirada rápida y fría a la lista de los candidatos muestra de inmediato dos cosas: la predominancia de la derecha y la fragmentación de la izquierda. La derecha goza de la aprobación de alrededor del 63 por ciento de los franceses (incluidos los dos puntos que aporta Philippe de Villiers, candidato del Movimiento por Francia, situado entre Le Pen y Sarkozy). La izquierda, en cambio, tiene el apoyo de no más del 33 por ciento de los electores –apenas un tercio de Francia. Pero no es sólo eso: está también profundamente dividida. Muy lejos de Ségolène Royal, quien tuvo que mover su discurso a la derecha, persisten los candidatos de la izquierda, que se describe a sí misma como antiliberal: el altermundista José Bové (con dos por ciento de intención de voto), la comunista Marie-Georges Buffet (2.5 por ciento) y, en fin, los trotskistas Olivier Besancenot de la Liga Comunista Revolucionaria, Arlette Laguiller de la Lucha Obrera y Gérard Schivardi del Partido de los Trabajadores. En esa izquierda, *la gauche de la gauche*, Besancenot era el único que tenía posibilidades de aspirar a llegar a un cinco por ciento de los

votos, el mínimo necesario para que el Estado pueda reembolsar los gastos de campaña.

Entre el 9 y el 20 de abril, los doce candidatos –grandes y chicos– tuvieron todos derecho al mismo espacio en radio y televisión, pública y privada, y a recibir el mismo trato por los periodistas de estos medios. Junto con los diez ya descritos competían dos candidatos más en la elección, ambos identificados con la ecología, pero explícitamente fuera del eje izquierda-derecha: Frédéric Nihous, el candidato de la Ruralidad –*whatever that means*–, y Dominique Voynet, la abanderada de los Verdes.

Apenas dos semanas antes de la elección, a partir del 9 de abril, empezaron a verse las fotografías de los candidatos en las ciudades de Francia. En París eran apenas perceptibles –casi ridículas, por insignificantes. Estaba prohibido pegarlas a los muros de los edificios o colgarlas de los balcones o de los postes de luz. Al contrario, tenían un espacio reservado y restringido: las espantosas mamparas de metal que las autoridades acomodaron temporalmente sobre algunas, muy pocas, aceras de la ciudad. *Votez Le Pen, Osez Bové, La ruralité d'abord*, decían algunos carteles. *La France Présidente*, añadía Royal. *Ensemble*, afirmaba Sarkozy. Más o menos un millón de *affiches* fueron adheridos con pegamento reciclable en las ciudades de Francia. ¿Cuántos carteles fueron colocados, en todos los lugares imaginables, durante las últimas elecciones de México? Quién sabe. En Francia, el *affichage* fue responsabilidad de una sola empresa, que puso en acción a mil *afficheurs*, mismos que fueron responsables de retirar los carteles de las calles una vez terminada la elección.

Junto con los carteles, salieron al aire también los *spots* oficiales en las cadenas públicas de televisión. Pero el debate de las ideas no ocurrió realmente ni en los carteles ni en los *spots* (ésta también es la palabra que usan los franceses). Ocurrió de una forma más típicamente parisiense: en las páginas de los diarios,

en las conversaciones en los cafés, en las biografías de los candidatos que empezaron a surgir como hongos en todas las librerías de Francia. Biografías de Sarkozy (*Un Pouvoir nommé Désir*), de Ségolène (*L'Insoumise*), de Bayrou (*Quand la Providence Veut*). Libros de entrevistas: *Ensemble* de Sarkozy, *Maintenant* de Ségolène. Retratos incluso de Chirac, quien a los setenta y cuatro años decidió poner fin a su carrera política en Francia.

Sarkozy estuvo siempre identificado con la ley y el orden. Royal con el fortalecimiento del Estado de bienestar en Francia. Pero ambos tuvieron que seguir, en buena medida, la agenda trazada desde hace décadas –inmigración y patria– por la extrema derecha que representa Jean-Marie Le Pen. Sarkozy habló de crear un Ministerio de la Inmigración y la Identidad Nacional, idea criticada por Ségolène, quien sin embargo se ha opuesto siempre a la regularización global de los *sans-papiers* (idea que defienden en cambio los candidatos de la izquierda antiliberal en Francia, así como Voynet). Pero lo interesante es que todos los candidatos del centro a la derecha –Bayrou, Sarkozy y Villiers– están a favor del *codéveloppement*, la inversión en países expulsores para detener la inmigración ilegal a Francia. Le Pen es el único que la rechaza. Acusó recientemente a Sarkozy de ser “un candidato que viene de la inmigración”. Sarko es, en efecto, hijo de un húngaro y nieto de un griego judío de Salónica que combatió por Francia durante la Segunda Guerra. Varios franceses tienen raíces en otros países: los dos personajes más populares del país, Yannick Noah y Zinedine Sidan, son ambos hijos de la inmigración a Francia. Lo curioso es que algunos de ellos apoyan a Le Pen. El diez por ciento de los franceses originarios del Magreb (unos cien mil electores) votaron por él, en efecto, el 22 de abril, según una encuesta del Ministerio del Interior que dio luego a conocer le *Canard Enchaîné*.

Junto con el tema de la inmigración está el asunto de la patria, caro también



Francia: contaminación electoral controlada.

a Le Pen. La derecha no ha tenido nunca problemas con el nacionalismo, a diferencia de la izquierda, históricamente identificada con el internacionalismo. Por eso ha molestado a los trotskistas, comunistas y altermundistas que Ségolène diga que los franceses deberían colgar de sus balcones la bandera de su país el Día de la Bastilla o que sugiera que, al final de sus reuniones, los socialistas deban entonar *La Marsellesa*. Les ha molestado también (así están las cosas en *la gauche de la gauche*) que afirme algo que es obvio: que el incentivo de la ganancia es necesario para que una economía sea sana.

La derecha está a la alza y la izquierda a la baja. Ese hecho marcó la elección del 22 de abril en Francia. Pero también un dato más: el porcentaje totalmente inusitado de franceses (42 por ciento: alrededor de dieciocho millones de electores) que pocos días antes de la elección estaba todavía indeciso sobre el sentido de su voto. Así, a pesar de que lo más probable era un escenario Ségo-Sarko, las sorpresas no estaban excluidas en un país donde en 2002 el candidato de extrema derecha derrotó al abanderado socialista y, en 2005, el pueblo rechazó en un referéndum la Constitución de la Unión Europea. –

– CARLOS TELLO DÍAZ



¿Una lápida para Ahuítzotl?

ARQUEOLOGÍA NOTAS PARA UNA ¿LÁPIDA?

El 2 de octubre del año pasado, el equipo del Programa de Arqueología Urbana (PAU) del Museo del Templo Mayor encontró una enorme escultura —3.57 por cuatro metros y un espesor máximo de 0.38 metros— que representa a Tlaltecuhli, Señor/Señora de la Tierra, deidad que ostentaba, entre otras misiones, la de devorar los cadáveres. En ocasiones se presenta en su aspecto masculino y en otras femenino, siempre en posición que nos recuerda la manera en que se paría en el México prehispánico. Más de cuarenta esculturas con esta figura se conocían con anterioridad, con la particularidad de que la gran mayoría siempre estuvieron colocadas boca abajo, sin estar a la vista. No se conoce templo ni ritual alguno en su honor; tampoco cuenta con fiestas específicas como las que se practicaban a otros dioses. La razón de esto puede deberse a su carácter de devorador de la carne y sangre de los individuos muertos, lo que debió de causar profunda impresión en la población.

Sin embargo, esta figura tiene características que no aparecen o son muy raras en sus otras representaciones conocidas. Una de ellas es que en el pelo lleva banderas, símbolo del sacrificio. También tiene cráneos en las coyunturas (codos y rodillas) a diferencia de

las restantes, que llevan una especie de máscara con afilados dientes. Otro aspecto distintivo es que del centro de la figura sale un chorro de sangre que se dirige hacia la boca de la diosa. A esto hay que agregar la presencia de un glifo que se encuentra dentro de la garra de la pierna derecha, formado por una cabeza de conejo con dos círculos encima de ella y por debajo de la misma diez círculos más, lo que nos da el glifo 2-Conejo y 10-Conejo o 12-Conejo si se unen. Finalmente, la pieza se encuentra boca arriba, lo que de inmediato atrajo nuestra atención, aunque hay que aclarar que el piso de la última etapa constructiva la cubría, siguiendo así el patrón de no encontrarse visible.

La presencia de estas particularidades y las características del conjunto nos llevó a plantear al doctor Leonardo López Luján y a mí que todo esto obedecía a la función que la figura tuvo en el pasado. Lo anterior motivó la presentación de una hipótesis que se sustenta tanto en la arqueología como en las fuentes históricas. Consiste en considerar que la pieza es una lápida mortuoria que cubre los posibles restos de uno de los tlatoani de Tenochtitlan: Ahuítzotl, quien gobernó los destinos del imperio entre 1486 y 1502, año de su muerte. Así parece refrendarlo el glifo 10-Conejo, que corresponde al año de muerte del gobernante y también coincide con el día de su entronización. Las otras dos interpretaciones del numeral (2-Conejo) guardan relación una con el pulque y la otra (12-Conejo) con un eclipse. Por otra parte, en algunas fuentes históricas se menciona que los restos de algunos gobernantes se colocaron en un edificio denominado Cuauhxicalco, concretamente los de Axayácatl y Tízoc, en tanto que los de Ahuítzotl se pusieron “en el lado del Cuauhxicalco”. Este edificio lo hemos identificado frente al Templo Mayor.

Hay que agregar que la posición que tiene la pieza —la cabeza hacia el poniente y los pies o garras hacia el oriente— también obedece a una intención. Pensamos que la diosa de la tierra va a parir al sol por el oriente, es decir,

al nuevo gobernante en la persona de Moctezuma II, en tanto que el tlatoani muerto está colocado debajo de la tierra-diosa, en el inframundo, y se convertirá en el nuevo tlatoani ya mencionado. De ahí que guarde una posición diferente con las otras representaciones.

Actualmente el doctor López Luján ha diseñado el proyecto de investigación para tratar de verificar si lo anterior es correcto o habrá, en base a lo que se encuentre, que modificar el planteamiento. Es necesario mover primero los fragmentos de la escultura para poder trabajar debajo de ella y posteriormente reintegrarla a su lugar. Todo ello se hará durante la séptima temporada de excavaciones del Proyecto Templo Mayor, dentro de otras labores en las que se cuenta con la colaboración de diversos especialistas como el doctor Saburo Sugiyama, de la Universidad Prefectural de Aichi, Nagoya, Japón, y el doctor Luis Barba, del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM y personal académico del INAH, como son los arqueólogos Ximena Chávez y Carlos González y las biólogas Aurora Montúfar y Norma Valentín, entre otros. —

— EDUARDO MATOS MOCTEZUMA

IN MEMORIAM PAOLA VIANELLO

“D os son los lugares comunes más recurrentes acerca de la retórica griega. Uno es el de la pernicioso influencia que los sofistas y maestros de retórica ejercieron en la época clásica (siglos V y IV antes de Cristo, pero en especial en el siglo V) sobre la sociedad ateniense en su conjunto y sobre los jóvenes en particular; y dos, el del carácter engañoso de la retórica, que, amoral y hasta inmoral, sería pura adulación y búsqueda de la persuasión a costas de la verdad, además de ser un mero cascarón formal lleno de trampas y de argucias clasificatorias.”

Refutar dichas concepciones de la retórica es el objetivo de Paola

Vianello,¹ para quien fue, “gracias al ambiente intelectual competitivo cultivado por los sofistas en la segunda mitad del siglo V y sembrado con las semillas de su enseñanza de retórica, la cual era ante todo palabra racional, lógica, argumentativa y de debate, y sólo en segundo término palabra ‘estética’ y ‘fascinadora’, como se hizo posible en Atenas, ya en el siglo IV, el surgimiento de los grandes sistemas filosóficos de Platón y de Aristóteles”.

Tal era el pensar de la doctora Paola Vianello, distinguida investigadora del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, que nació el 26 de julio de 1939 en Roma y falleció el 25 de enero de 2007 en la ciudad de México. Desde 1984 animó un Seminario de Cultura Griega, y entre 1991 y 1993 dirigió el proyecto “Retórica, filosofía y política en la Atenas Clásica”. En la misma época, Helena Beristáin me invitó a participar en un grupo interdisciplinario de trabajo con un nuevo proyecto que bautizó como “Bitácora de Retórica”. El estudio de la retórica me permitió así estrechar mis relaciones académicas con Paola y con algunos de sus alumnos más distinguidos: Gerardo Ramírez Vidal, Mariateresa Galáz y Silvia Aquino.

Paola se caracterizó por su sabiduría, rigor y claridad. Con verdadera erudición —e, insisto, con sabiduría: se puede ser erudito sin ser sabio— trató una infinidad de temas: la cultura de la antigüedad clásica, la epopeya homérica y la tragedia ática, la oratoria, la retórica, el derecho, la filosofía y la política de la Grecia de los siglos V y IV a.C., y la tradición clásica.

La enseñanza fue una de sus prioridades, y la ejerció entregada y capaz —sin demérito de sus estudios y publicaciones. Según ella “la importancia de la educación merece subrayarse una y otra vez de cara a un futuro en el que el clásico *homo faber* —en sus múltiples manifestaciones de *homo religiosus*, *homo politicus* y *homo oeconomicus* (con su faceta

de *homo technicus exterminator*)— parece destinado a ser desplazado axiológicamente por las máquinas, que, sin embargo, le deben su inteligencia a él, quien las crea, y que ni ahora pueden ni en el futuro podrán reproducir su compleja y *educable* humanidad, que queda como única garantía para orientar sus productos hacia el bien común”.²

Su obra educativa en la Facultad de Filosofía y Letras abarcó un amplio espectro de temas de la Grecia clásica: la lengua, la literatura (períodos arcaico, clásico, helenístico y romano), la historia de los estudios clásicos, la retórica, las teorías clásicas de la educación y la estilística. En el postgrado dirigió los Seminarios de traducción, de filología y de investigación.

Según Gerardo Ramírez Vidal, investigador del Centro de Estudios Clásicos y discípulo muy destacado de la doctora Vianello, “la principal preocupación académica de Paola eran las clases, los estudiantes; a ellos se dedicaba con verdadera pasión. Sus cursos sobre literatura griega, y en particular sobre Homero, además de apasionados, se caracterizaban por la variedad de los temas, por la actualidad y la profundidad con que eran expuestos. Siempre tenía muchos libros sobre la mesa del salón, que mostraba a los alumnos para atraer su atención sobre ellos. [...] Para Paola, era fundamental el acercamiento con los alumnos, establecer vínculos estrechos de amistad con los más interesados. [...] veía a los alumnos directamente a los ojos, y a menudo impresionaba a sus oyentes con su mirada, sobre todo cuando respondía a alguna pregunta. Participaba igualmente con decisión en la discusión de los problemas sobre los programas de estudio. Tuvo no pocos desencuentros con algunos colegas, pues tenía una idea clara de la orientación formativa y humanística de la carrera frente a una especialización lingüística en detrimento de los contenidos históricos, filosóficos y literarios.”²



Paola Vianello: hacerse sabia para dar y regalar.

Fue una investigadora reconocida internacionalmente. En 1997 fue nombrada Huésped de Honor Extraordinario de la Universidad Nacional de La Plata, en la Argentina. Era muy metódica y rigurosa en sus trabajos, lo que se refleja, en especial, en su publicación de las obras de Hesíodo.³ Sus intereses se dirigían hacia Homero, Lisias y Platón, hacia los problemas del estilo y de la *paideia*.

Paola Vianello se fue intempestivamente y nos ha dejado un gran vacío. Pero también una enseñanza muy vasta, y una obra señera, cuya edición, reunida, empieza a preparar ya el Instituto de Investigaciones Filológicas de la Universidad Nacional. —

— LUISA PUIG

¹ “La retórica en la Atenas clásica. Una corrección indispensable de algunos prejuicios”, *Memorias. Jornadas Filológicas 1994*. México, UNAM, 1995, pp. 131-145.

² “El legado educativo de la Grecia antigua”, *Encomio de Helena. Homenaje a Helena Beristáin*, Tatiana Bubnova y Luisa Puig (editoras), México, UNAM, 2004, pp. 413-445.

³ *Hesíodo. Teogonía*, México, UNAM, 1978 (1986, 2ª ed., agotada desde 1992), (418 + 34 pp. dobles con traducción). *Hesíodo. Los trabajos y los días*, México, UNAM, 1979 (1986, 2ª ed., agotada desde 1993), (398 pp. +27 dobles con traducción).